

Familia(S)

Joaquín Navamuel

PERSONAJES. *(Por orden de aparición)*

Antonio, 32 años. Gitano.

Luz, etérea. Paya.

Juan, 22 años, primo de Antonio. En medio de todo.

Rosa, 25 años, hermana de Juan. Debe perdonar.

Pedro, 57 años, padre de Juan. Dolido y cansado.

Sombra, 43 años. Persigue a Antonio y su familia.

Zoe, 10 años. Alegre y vivaz.

José, un joven miedoso.

*La **familia**, según la Declaración Universal de los Derechos Humanos, es el elemento natural, universal y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado.*

Los lazos principales que definen una familia son de dos tipos: vínculos de afinidad derivados del establecimiento de un vínculo reconocido socialmente, y vínculos de consanguinidad, como la filiación entre padres e hijos o los lazos que se establecen entre los hermanos que descienden de un mismo padre. También puede diferenciarse la familia según el grado de parentesco entre sus miembros.

A mi familia...

Porque la quiero.

ESCENA 1

Interior de una iglesia extraña y oscura. Sólo una ligera luz azulada se deja ver entre las vidrieras gracias a la luna. Cae una fina lluvia, aunque el cielo no está cubierto. Parece como si llorase.

*Antonio está frente a un ataúd con la cabeza cubierta. Parece un furtivo.
Luz está a su lado. De pie. Impertérrita.*

Luz: ¿Por qué has vuelto?

Antonio: Tenía que hacerlo.

Luz: ¿Estás seguro?

Antonio: Nunca he estado seguro de nada. Tú lo sabes mejor que nadie.

Luz: ¿Entonces?

Antonio: Me dolía por dentro. Al fin y al cabo somos familia.

Luz: Me alegra oírte decir eso, después de todo.

Antonio: Mi gente llegó en el S. XV a estas tierras en busca de libertad. Vinieron a ver la tumba del santo apóstol Santiago. Hoy, 600 años después, me veo obligado a volver en busca de mi libertad delante de su santa tumba. Muchos condenan su vida por lo que hizo. Juntarse con payos está muy mal visto. Todos decían que traería consecuencias...

Se arrodilla ante el ataúd.

Antonio: ¡Tener que morir sin darme ocasión de despedirme! ¡Virgen de los gitanos, no me dejes así! ¡Qué puede hacer un mísero gitano!

Luz: Mísero.

Luz sale.

Antonio: Como mis antepasados me encuentro una tierra en guerra. ¡Tener que volver a luchar por cambiar el rumbo de nuestra casta! Padre, con todo lo que me enseñaste y ahora no se qué decir, ni qué hacer, ni dónde ir...

Silencio.

Entra Juan. Cauteloso pero firme.

Juan: Levántate de ahí. No se te ocurra tocar esas flores si quieres salir de este lugar santo en algún momento.

Antonio: ¿Y si quiero quedarme? Tal vez deberías mirar a la cara a tu adversario. ¿O es que no tienes miedo de a quién amenazas?

Juan: Sé que no tengo nada que temer a la hora de defender a mi casta.

Antonio: Descastado estoy, aunque quizá tu puedas ayudarme. ¿Serías capaz de ayudar a un pobre gitano que ha perdido el rumbo?

Juan: ¿Y por qué buscas entre muertos y santos? No quieras encontrarte con la muerte antes de lo que está escrito.

Antonio: ¿Eso es un consejo?

Juan: Puede.

Antonio: ¿Y si te dijera que estoy repudiado por tu casta? ¿Seguiría siendo eso un consejo?

Juan: Si eso es cierto, te conocería. Date la vuelta. Despacio.

Antonio se levanta y se gira. Parece crecer.

Juan: Mírame a los ojos.

Antonio se quita la capucha. Se miran. Un hilo los une.

Juan: ¡No puede ser! ¿Tú? ¿Cuándo?

Antonio: ¡Juan!

Se acercan pero, aunque lo desean, no se abrazan.

Juan: ¿Cómo estás?

Antonio: Lleno de penas.

*Un escalofrío recorre a Juan materializándose en distancia. Algo se ha roto.
El dolor va creciendo a cada palabra, a cada segundo.*

Juan: ¿Saben que estás aquí?

Antonio: No. Y preferiría que siga así. Quiero estar solo un tiempo antes de dar explicaciones.

Juan: Ya.

Antonio: ¿Cómo está la Rosa?

Juan: En flor.

Antonio: He oído que se casa.

Juan: ¿Cómo?

Antonio: Ya sabes como corren esas cosas. Estuve en los bajos de El Chorro. Allí las paredes hablan.

Juan: Ya.

Antonio: Dicen que las cosas no están nada fáciles y que Rosa puede ser el gancho para amarrarse al barco de los Rodríguez.

Juan: Eso no son más que hablillas.

Antonio: A mí me parece bien.

Juan se enciende con las palabras que se cuelan por sus oídos.

Juan: Te he dicho que no hagas caso de las envidias.

Antonio: Está bien. Tienes el genio de tu padre.

Juan: Será mejor que no sepa que estás por aquí. No sólo se habla de nosotros en El Chorro.

Antonio: ¿Y qué más se dice?

Juan: Nada.

Antonio: Habla.

Juan: A mi padre no le gusta cómo te has ganado la vida.

Antonio: Sí que vuelan las noticias.

Juan: La mar trae más que hablillas.

Antonio: Sólo he intentado sobrevivir y ganarme la vida.

Juan: A mí no tienes que darme explicaciones, primo. Guárdatelas para Los Chamizos.

Antonio: Está bien. ¿Necesitas algo?

Juan: Nada que puedas darme.

Antonio: ¿Puedo pedirte algo?

Juan: Di.

Antonio: No has visto a nadie aquí. Sólo a tu tío descansando.

Juan: No todos los muertos descansan.

Antonio: ¿Qué quieres decir?

Juan: Nada.

Antonio: ¿Qué es lo que sabes?

Silencio.

Juan: Mejor que mantengas los ojos abiertos y las manos rápidas. Aunque de eso ya sabes tú más que nadie.

Antonio: Juan...

Juan: Calla. ¿Te quedarás mucho tiempo?

Antonio: No lo sé... No creo.

Juan: Claro.

Juan sale.

Antonio: Padre, hasta los cielos te lloran. Como al príncipe que nos redimió a todos. Sólo que tú nos has traído guerra en vez de paz.

Entra Luz.

Ha dejado de llover y empiezan a colarse los primeros rayos de sol. Un sol tan rojo que anuncia despertar un nuevo día teñido aún por la sangre derramada en su vida anterior.

Antonio: Ojalá no fueras mi padre. Te odio. No quiero volver a oír tu nombre, no quiero oler tu colonia ni ver tu casa, que no es la mía. Quiero borrarle de cada resquicio de mi mente. Eres una mentira, un sueño, una fantasía que me contaron de niño y tomé por cierta. ¡Dios! Déjame escapar de esta cárcel de locos. Si el mar bravío no me hubiera traído hasta aquí seguiría intentado dar pasos hacia delante sin pensar en mi desquiciado pasado.

Silencio.

Antonio: Tranquilízate, tienes que tranquilizarte. Respira, no dejes de respirar.

Luz: No dejes de respirar.

Antonio intenta recuperar el aire y ocultar las nubes que cubren sus ojos.

Antonio: Pensé que te habías ido.

Luz: Sabes que presiento tus ataques antes de que tú mismo los veas venir.

Antonio: Lo sé.

Luz: Respira, no dejes de respirar. Mira, ya no llueve. Ya puedes relajarte. Ya sale el sol entre las nubes de tu mente.

Antonio: Esta vez no va a ser tan sencillo como cuando era niño. No creas que puedes manipularme como entonces.

Luz: Sólo intento ayudarte.

Antonio: Pues no necesito ayuda. Me basta con tener la luna cerca.

Luz: Y el mar... y unas nubes que te oculten.

Se miran.

Antonio: Siempre he admirado tu forma de ver el mundo.

Luz: El mundo no, tu mundo.

Antonio: ¿Recuerdas cuando estábamos en la noria? Conseguimos despistar a mis primos en las fiestas del pueblo. ¿Te acuerdas? Toda la plaza a nuestros pies, llena de aquellas pequeñas sabandijas que se movían y nos miraban atónitos.

Luz: ¿Quién te iba a decir a ti por aquel entonces que salvarías la vida cayendo encima de mí?

Antonio: Lo normal hubiese sido haber recibido un buen sopapo. En mis sueños sucedía todo de un modo parecido. Sólo que no estábamos colgados de una noria a cincuenta metros de altura a punto de caer por la trampilla.

Ambos callan. No pueden recordar.

Luz: ¿Por qué no te vas lejos de Los Chamizos? Vuelve a Francia.

Antonio: No sabes lo que dices. Eso es imposible. Lo pasado, pasado está.

Luz: Sí, lo pasado, pasado está. Olvida la muerte de tu padre.

Antonio: ¿Cómo?

Luz: Eso también pertenece al pasado.

Antonio: Pero sigue presente en mí. Será pasado cuando resbale la sangre por el filo de mi navaja.

Luz: No sigas adelante si no estás dispuesto a llegar hasta el final.

Antonio: Eso es. Veo que aprendiste algo de mí.

Luz: Sí. Muchas cosas.

Silencio.

Antonio: Necesito descansar. Hoy ha sido un día duro.

Luz: Descansa.

Antonio sale.

Luz se acerca al ataúd.

Luz: Pronto amanecerá un nuevo día.

Se despide y sale tras él.

ESCENA 2

*A la mañana siguiente, el sol se pasea por la plaza. Rosa camina a su lado.
Antonio la busca entre los rayos. La quiere a solas.*

Antonio: Hola Rosa.

Dos palabras que le cambian la cara.

Rosa: ¡Dios de mi vida...!

Antonio: No sabía si debía...

Rosa: ¿No lo sabías?

*Antonio busca un 'no' que no quiere encontrar.
Intentan mantener la distancia aunque, por dentro, no dejan de abrazarse.*

Rosa: Me alegra que estés aquí. ¿Cómo te encuentras?

Antonio: Bueno, ya sabes cómo son estas cosas.

Rosa: Sí.

Silencio.

Antonio: Ayer me encontré a Juan en la iglesia.

Rosa: No sale de allí. Le vela día y noche.

Antonio: No me esperaba menos de él.

Rosa: Pues no debería.

Antonio: Lo sé.

Rosa: No. No tienes ni idea Antonio. No es tan fácil como embarcarte en el primer barco que sale de puerto.

Antonio no puede hablar.

Antonio: Lo siento.

Rosa: No tienes nada que sentir.

Antonio: Quiero decir...

Rosa: ¿Qué? Ahora no me digas que te doy pena, que te arrepientes de...

Antonio: No. Enrolarme fue lo mejor que pude hacer. Aunque las formas no fueran las correctas.

Rosa: Son tus formas. De repente te recorre un frío por dentro que te sube por los pies y se te aloja en lo más profundo del pecho. Y aunque se te acerque una llama, nada puede calentarte. Poco a poco el frío se apodera también de tu cabeza y cierra tus oídos. Y ya nada tiene remedio.

Antonio: No es eso...

Rosa: Ah, ¿no? Yo estaba allí, ¿sabes? Intentando darte calor. Susurrándote al oído palabras que salían de tu boca antes que de la mía. Acariciando tus cabellos como si no los hubiera tocado jamás. Yo...

Entra Pedro.

Familia(S), de Joaquín Navamuel

Rosa: Será mejor que me vaya.

Pedro: Será lo mejor.

*Antonio da un paso atrás. Todo cambia de color.
Silencio.*

Rosa: Sí padre.

Antonio: Me alegra ver que estás bien.

Rosa: Adiós.

Antonio: Hasta pronto.

Sale Rosa.

Pedro: ¿Qué haces aquí?

Antonio: Vine a despedirme de mi padre.

Pedro: Un poco tarde, ¿no crees? Siempre fuiste muy lento para todo.

Antonio no puede hablar.

Pedro: ¿No vas a decir nada?

Silencio.

Pedro: Entonces vete.

Entra Juan. Sólo quiere mediar.

Juan: ¡Padre!

Pedro: ¿Qué haces aquí?

Juan: Nada.

Antonio: Juan vuelve a casa. Yo también me voy.

Pedro: Sí, será lo mejor.

Antonio: Tío, yo nunca tuve la intención de haceros daño.

Pedro: Demasiado tarde de nuevo. Mañana sale un barco rumbo a tu casa.

Antonio: Esa no es mi casa.

Pedro: Ni esta tampoco.

Antonio: Yo nací y crecí en Los Chamizos.

Pedro: Y moriste aquí también. Ahora tú no eres tú. Ahora es otro el que habita el cuerpo de mi sobrino.

Antonio: Ya.

Juan: Padre...

Pedro: Otra voz y tendremos más que palabras tú y yo. Espérame en casa.

Juan sale.

Pedro: Haznos un favor a todos y coge ese barco.

Antonio: Yo...

Pedro: Ya has hecho suficiente daño a esta familia.

Familia(S), de Joaquín Navamuel

*Pedro sale. Aparece Luz.
Silencio.*

Antonio: Lo siento. De verdad.

Luz: ¿Lo sientes? ¿De verdad?

Antonio: ¿Qué quieres? No le culpo. Tiene sus motivos.

Luz: Nunca te vi perder tan fácilmente.

Antonio: Esto no se trata de ganar o perder.

Luz: ¿De qué se trata?

Antonio: No te importa.

Luz: No te atreves a decírmelo.

Antonio: ¡Déjame!

Luz: Como quieras.

Luz parece evaporarse.

Antonio: Espera. Voy a la iglesia, ¿me acompañas?

Luz: Recuerdo las misas del párroco cada domingo. Sus charlas, sus mentiras...

Antonio: Ha llovido mucho desde entonces.

Luz: Más de lo que me hubiese gustado ver.

Antonio: Puedo ir solo, si lo prefieres.

Luz: Antonio, sabes que eso no es posible.

Luz se diluye en el tiempo y el espacio.

Antonio: Lo sé.

Antonio sale.

Escena 3

*Rosa está en casa. Tiene un aire nuevo.
Como si la vida se le atragantase y, en vez de ahogarla, le trajera nuevas alas.*

Entra Juan.

No sabe cómo debe comportarse. Las ideas se le acumulan en la cabeza formando un ovillo que no puede desenredar.

Rosa: ¿Cómo estas?

Juan: Estoy.

Rosa: ¿Has visto a Antonio?

Juan: Sí.

Rosa: Me alegra que haya vuelto.

Juan: Rosa, no quiero hablar.

Juan se ahoga. Coge una navaja sin arrojar sospechas.

Juan: Me voy a la iglesia.

Rosa: Voy contigo.

Juan: Rosa, quiero estar solo.

Rosa: No puedes seguir tragando ese veneno.

Juan: Debe ser cosa de familia.

Rosa: No me salgas con eso ahora.

Juan: ¿Por qué son reglas diferentes para ti que para mí?

Rosa: Eso no es justo.

Juan: No, no lo es. La vida no lo es.

Rosa: Juan, yo sólo quiero que no te culpes por...

Lo ojos de Juan congelan el tiempo.

Juan: Demasiado tarde.

Rosa: Eres muy joven para...

Juan: Ya tengo años suficientes. No soy ningún niño.

Rosa: Juan, yo te quiero. Tan solo intento ayudarte.

Juan: Ayúdame a ti misma.

Rosa: ¡No puedo! ¡Juan, te necesito! ¡Necesito hablar!

Juan: Y yo necesito silencio.

Rosa: Juan, estoy embarazada.

Silencio.

Juan: ¿Qué? ¿Por qué me lo sueltas a mí?

Rosa: Porque me va a reventar la cabeza si no se lo cuento a alguien.

Juan: No quiero saberlo.

Rosa: Necesito contárselo a alguien, Juan. Nunca podré olvidar...

Juan: Yo tampoco.

Rosa: Juan, no es lo mismo.

Juan: ¿Ah, no?

Rosa: No era él. Estaba fuera de sí. Debes intentar perdonar.